

André Siegfried

Cuatro Conferencias ⁽¹⁾

PRESENTACION DE M. SIEGFRIED

POR D. VALENTIN BRANDAU

En nombre de la Universidad de Chile, tengo el honor de dar la bienvenida y de saludar con admiración y respeto a Monsieur André Siegfried, uno de los espíritus más distinguidos de la Europa contemporánea en el orden de la observación social y, particularmente, de la observación económica y política.

Desde la aparición, en 1904, de su primer libro *La Démocratie en Nouvelle-Zélande* hasta la publicación, en 1929, de su maravilloso estudio *Les Etats-Unis d'aujourd'hui*, el señor Siegfried ha realizado una obra de la cual puede decirse con certidumbre y justicia que constituye un aporte esencial al análisis y a la descripción de las transformaciones del mundo de nuestros días, especialmente del mundo anglo-sajón. Y en esta obra el señor Siegfried ha puesto, aparte el equilibrio ponderado y la probidad absoluta que caracterizaron siempre a los mejores representantes de su raza, la lucidez extrema, la fina sagacidad y el don a un tiempo delicado y profundo de comprensión que son las cualidades propias de su espíritu.

Yo sé bien que cada escritor piensa en función de su país o de los países que ha observado con atención suficiente; sé también que son especiales a cada nación los antecedentes que a lo largo del tiempo trazan las líneas de su estructura particular y abren las vías de su evolución propia; pero sé asimismo que esta diversidad no impide la acción uniforme de las grandes leyes generales de la vida social y de los regímenes políticos, y que, en consecuencia, nada que provenga de la realidad debidamente interpretada y del saber efectivo puede dejar de sernos provechoso, no tan sólo desde el punto de vista de nuestra cultura, sino, principalmente, desde el punto de vista de nuestra conducta ciudadana. En este sentido, las conferencias que dará en esta Universidad nuestro huésped ilustre, no serán menos útiles para nosotros que la lectura de sus grandes obras sobre la Inglaterra y los Estados Unidos de hoy día, en las cuales se hallan descritas con una sobriedad, una claridad y una penetración insuperables las más recientes transformaciones económicas y políticas de esos pueblos.

Como muchos otros escritores de su país, el señor Siegfried, dominado por el anhelo de comprender, y también de hacer comprender, ha consagrado largos años al estudio de la nación inglesa, de la grande y sabia nación que desde hace ochocientos años ha sabido aunar y practicar la libertad sin perjuicio de la disciplina, la independencia individual sin perjuicio de la jerarquía, las innovaciones del progreso sin perjuicio de la tradición y hasta el libre pensamiento sin perjuicio del espíritu religioso, y que ha logrado acoger y fundir armoniosamente en su alma reflexiva todos estos sentimientos que a tantos otros pueblos parecen contradictorios e ilógicos y que en tantos otros pueblos son la base de antagonismos mortales. Y en las breves trescientas páginas de su libro dedicado a Inglaterra, el señor Siegfried nos dá a conocer el resultado de sus estudios, trazando un cuadro acabado de la economía y de la política inglesas durante el período que vá de 1914 a 1924, es decir, durante el período en que se hace visible el quebrantamiento de las viejas líneas estructurales de la nación y en que la brusca acumulación de problemas de una gravedad antes desconocida sometía al genio y al civismo británicos a la más dura prueba de su historia. Y esta trágica prueba continúa aún. «Ni el problema económico, ni el problema de su futura orientación política, han sido resueltos por la Inglaterra hasta el comienzo de 1924», decía el señor Siegfried en una de las páginas finales

de su obra. Y es natural en lo que se refiere al problema económico, porque la crisis inglesa no es, en realidad, más que una de las primeras manifestaciones de la crisis mundial, derivada de las mismas causas esenciales que han engendrado esta crisis; y es natural en lo que se refiere al problema político, porque la readaptación política no será sino una consecuencia lejana de la readaptación social y económica del Imperio británico a sus nuevas condiciones y a las nuevas condiciones del mundo.

Si hay pocas lecturas más importantes y—me atrevo a decirlo—más necesarias en los momentos actuales que la del libro del señor Siegfried sobre la Inglaterra, ninguna podría superar ciertamente en interés a la de su obra más reciente y ya clásica sobre los Estados Unidos, de entre todas las publicaciones aparecidas hasta ahora sobre ese país. Al análisis de los fenómenos económicos y políticos que hemos admirado en aquel libro, se agregan en ésta la observación sagaz y la exposición magistral de los fenómenos sociales, especialmente de carácter étnico y de índole religiosa.

Hay, particularmente, en esta obra, dos capítulos sin cuya lectura sería imposible tener nociones exactas acerca de la vida política americana y de los caracteres propios, y aún exclusivos, de la civilización americana. El primero es aquel en que el autor nos presenta, en rápida síntesis de una ordenación perfecta, sus conclusiones sobre la actividad política de la nación. Digo «de la nación», porque es ella, en efecto, la que, por medio de innumerables asociaciones espontáneas, dirige verdaderamente y controla eficazmente la acción del Estado y de los partidos políticos, a los cuales no abandona nada de esencial. «Desde el menor distrito hasta la capital federal—dice el señor Siegfried—es visible la apretada red de esas organizaciones espontáneas que inspiran las leyes, supervigilan su redacción, imponen su criterio a los miembros de las asambleas y ejercen una presión constante, a la vez difusa y precisa, sobre los elementos políticos».

El otro capítulo a que me he referido es el que contiene un paralelo destinado a ser célebre entre la civilización europea y la civilización americana. Según el autor, ambos tipos de civilización se caracterizan por el papel contrario desempeñado en el seno de la sociedad por el individuo: en tanto que en las civilizaciones de la Europa occidental, derivadas de la Edad Media y de la revolución, hay un equilibrio más o menos perfecto entre la colectividad y la persona individual, en la civi-

lización creada por los Estados Unidos, hay una subordinación manifiesta del individuo a la colectividad, por lo que, más que a las naciones del occidente de Europa, la civilización americana tiende a aproximarse, desde ese punto de vista, a las antiguas ciudades helénicas y romanas...»

PRIMERA CONFERENCIA

LA FORMACION ECONOMICA Y SOCIAL

Cada una de las grandes civilizaciones occidentales ha creado una concepción de la producción y una concepción del Gobierno político.

Inglaterra ha sido el pionner de la gran industria y la creadora del régimen parlamentario; los Estados Unidos han realizado la producción de masa y han sido los primeros en concebir el régimen de la democracia presidencial; los alemanes han creado el método científico de la producción, pero andan todavía buscando una ruta en política. La Francia se ha expresado en el dominio de la creación individual en materia de producción; en su régimen político, la exaltación del individuo ha sido la nota dominante.

Yo quería, en esta serie de conferencias, describir el régimen político francés, pero es imposible, en esta materia, separar el dominio político del dominio económico y social.

Una introducción es, pues, necesaria, en la cual nos pondremos de acuerdo: la estructura social de la Francia, el equilibrio económico de este país, y la psicología del carácter francés. Este será el tema de este primer curso.

I

La Francia permanece, esencialmente, aún hoy día, un país rural; ella queda campesina. El censo de 1921 dá un 54% de gentes que viven en el campo, contra 46% solamente que viven en la ciudad.

Si se quiere recordar que Inglaterra y Alemania tienen a lo sumo un 20% de rural, se mide inmediatamente la diferencia profunda que separa a la Francia de esos dos países.

Agreguemos que el campesino francés es corrientemente un campesino propietario, viviendo de la tierra y viviendo sobre la tierra. Entre 8.591,000 cultivadores, 5 millones, es decir 58% son el propio patrón.

Se explica entonces la persistencia del espíritu campesino entre los franceses. En Francia, aún lejos de la tierra, se continúa el sentir y el razonar en campesino, y sobre todo se ama el suelo; es una ligazón pasional en cierto modo que une a los cultivadores a la tierra que cultivan. No se comprende nada la cuestión agrícola francesa si se habla en términos estadísticos y si se elimina esta extraordinaria ligazón de sentimientos. Esto no es una opinión personal, la he encontrado en uno de los más grandes de nuestros escritores franceses: Michelet, que escribía las fulgurantes líneas que siguen:

«Si queremos conocer el pensamiento íntimo, la pasión del campesino de Francia, es bien fácil. Paseémosnos el domingo en el campo, sigámosle. Helo ahí que se vá lejos, delante de nosotros. Van dos horas; su mujer queda atrás; está endominado; yo respondo que vá a ver a su querida. ¿Qué querida? Su tierra.»

No ignoro los inconvenientes técnicos eventuales de una parecida formación. Es evidente que la gran propiedad permite una técnica más perfeccionada; pero la pequeña propiedad, tal como ella existe en Francia, constituye una base social increíblemente sólida para una democracia igualitaria. En seguida tenemos una oposición que volveremos a encontrar a menudo en el curso de estas conferencias, entre el sistema francés basado sobre el individuo y el sistema americano o soviético basado sobre la organización.

Al mismo tiempo que una nación de campesinos, la Francia es una nación de artesanos. Es sin duda un país de grande industria; pero en Francia la industria se queda toda más o menos localizada, no es su espíritu el que inspira el conjunto del país: sobre 21.721,000 individuos ocupados en la producción, la industria ocupa solamente 6.181,000 personas, o sea el 28%.

Sobre esta cifra de 6.181,000 personas, hay solamente 4.027,000 asalariados regulares, pero hay en contra 688,000 patrones y 1.162,000 de trabajadores aislados; no hay sino

774,000 obreros trabajando en usinas de más de 500 trabajadores.

Resulta de estas cifras que el obrero francés es más bien un artesano; conserva el espíritu artesano aún cuando trabaja en usinas de serie. El artesano francés es esencialmente el hombre de oficio, que ama su oficio, que lo comprende, que es capaz de crear a sus horas, y sobre todo, cuyo espíritu queda perpetuamente ágil para resolver los problemas propuestos por las condiciones de su trabajo. Se encuentra aquí la noción del individuo de que hablaremos luego.

El honor profesional del trabajador francés es extremo; él desea siempre poner su marca sobre su trabajo; es frecuente en Francia, que un obrero firme el trabajo que acaba de terminar; un gesto peculiar del obrero francés consiste en retroceder dos o tres pasos para ver lo que acaba de hacer; ama la bella obra; ama el trabajo individual y profesa una verdadera antipatía por el trabajo *en serie* tal como se practica por ejemplo en las usinas Ford. Los tipos del artesano francés más corrientes son: el carpintero de aldea, o el pequeño mecánico que repara los autos, o todavía el horticultor o el viñatero, pero sobre todo quizás la obrera de la costura siempre pronta a llegar a ser creadora en modas nuevas. Tenéis ahí la verdadera personalidad francesa.

Al lado del campesino y del artesano, yo estaría tentado de agregar como tipo francés particularmente representativo, al del burgués. El burgués es esencialmente un hombre que tiene sus ahorros; es un hombre que busca una independencia económica, pero que no cree encontrarla, sobre todo, sino en la propiedad acumulada; es un estoíco, quizá un pesimista que no tiene una confianza fácil en el porvenir, y que busca constantemente una seguridad contra las crisis futuras; por el esfuerzo, por el trabajo, por el *ahorro*, ensaya elevar su nivel de vida para transmitirlo enseguida, por la herencia, a sus hijos.

Se ha podido decir, en estas condiciones muy justamente, que en Francia la burguesía, menos que una clase social, es un estado de espíritu, un esfuerzo perpetuo. O se puede decir, que todos los franceses tienen el espíritu burgués; la Francia es una inmensa virtualidad burguesa: el artesano y el campesino son candidatos a la burguesía y toda la vida francesa está inspirada por esta concepción de la existencia. Eso se vé en las casas bien tenidas.

Hay lugar para hacer notar que si hay todavía burgueses

en Francia, no los hay ya en el extranjero. El americano no tiene el espíritu burgués y no lo ha tenido jamás; en Alemania, la guerra y las revoluciones que le han sucedido, sobre todo el período de la inflación, prácticamente han aniquilado la burguesía germánica, y es inútil subrayar que el régimen soviético ha destruido lo poco de burgués que había en Rusia.

En suma, tenemos tres tipos franceses a la vez típicos y tradicionales, los tres basados sobre la individualidad. Esa es la verdadera fuerza de la Francia ya que así como un país se apoya en el individuo, así es capaz de adaptaciones. Es en este sentido que la Francia, viejo país, permanece no obstante esencialmente moderna. Es el país que, en presencia de todo problema nuevo, será capaz de resolverlo por la individualidad.

I I

Las circunstancias económicas, tanto como la estructura social, son responsables de la formación del carácter francés.

Políticamente, la Francia no conoce la seguridad: su frontera del Este está abierta, ha sido a menudo agujereada por las invasiones; económicamente es la noción de independencia y de seguridad que mejor que todas las otras caracteriza la posición de Francia.

La Francia experimenta normalmente, y como una cosa natural, una impresión de seguridad económica, de satisfacción, que muy pocos otros países conocen en el mismo grado. Estamos felices entre nosotros sin los demás, y tenemos la impresión de que si eso fuese necesario, podríamos pasarnos sin los otros. Hay en esto una inmensa ventaja desde el punto de vista del equilibrio del espíritu, al mismo tiempo que un peligro eventual sobre el cual no nos hacemos ilusiones. M. Paul Morand, el escritor francés, no lo ha ocultado en una página célebre de su novela *Lewis et Irène*, cuando escribe las líneas siguientes:

«Los otros países no son sino pedazos de un continente del mundo. La Francia es un alimento completo, que interesa a Europa, pero a quien Europa no le interesa. Se sienten temblar las aldeas alemanas a las menores maniobras de un cuerpo de ejército ruso, a España misma conmoverse al disparo sobre uno de sus gobernadores en los presidios marroquíes. Con mucha más razón tiembla con la gran nerviosidad mundial

Londres, al anuncio de un pozo de petróleo recientemente barrenado en México o de un asesinato político en el Punjab. Pero París, el egoísta París, queda lo mismo. Las sacudidas universales llegan ficticiamente a las agencias, pasan a las salas de redacción, a los caricaturistas, de ahí a un público reidor que los pone en sus couplets...

«Así se tiene, más que en otra parte, saliendo de Francia, la impresión de zafarse oportunamente de una felicidad doméstica, de evitar el peligro que hay de vivir con una mujer que os satisface.»

Yo no creo que se haya escrito sobre Francia, frases más penetrantes que esas.

Entremos aquí un poco más en el dominio económico. La Francia no depende profundamente del extranjero para sus importaciones; está sin duda obligada a importar una gran parte de materias primas que le son necesarias para su industria (todo su algodón bruto, los 9|10 de su seda y de su lana, prácticamente todo su petróleo, 1|5 de su hulla) pero ella produce en plaza la mayor parte de su alimentación, busca naturalmente afuera los géneros coloniales que necesita, produce toda su carne o casi toda; y el 80 o 90% del trigo que consume. Resulta para Francia la certidumbre de no ser jamás hambreada; la Francia no teme demasiado ningún bloqueo. Si se compara con la situación de Inglaterra que debe importar 70 u 80% del trigo que consume, y que estaría reducida al hambre al cabo de seis semanas por un bloqueo, se mide la diferencia que separa el estado de espíritu de los ingleses y el de los franceses a este respecto.

Todavía más, Francia no depende de sus exportaciones. Es un país exportador importante, sobre todo en sus artículos de calidad y de lujo, en todos los productos preparados y refinados. Pero sin embargo el porcentaje exportado de nuestra producción es pequeño. Tenemos algunas industrias que exportan más del 50% de su producción, especialmente la seda, pero la mayor parte de nuestra industria exporta menos del 50%, y aún menos del 25% de su producción. Las industrias más importantes de Francia trabajan para el mercado interior.

Por consecuencia, las repercusiones de esta situación sobre la psicología de los franceses se manifiestan con evidencia: no hay necesidad del exterior; no se es atraído por el exterior, ni para abastecerse, ni para dar salida a la producción nacional. Aún más, en ciertas industrias que son en verdad exportables,

es el extranjero quien viene a comprar donde nosotros como por ejemplo en el caso de la industria de la moda de la rue de la Paix.

Resulta que el francés no está naturalmente inclinado hacia la expansión, pero él se beneficia en cambio con un sentimiento de equilibrio económico que constituye para él una fuerza incomparable; la Francia es por lo demás, hoy día, el más equilibrado de todos los países: no está industrializada en extremo, no está acostumbrada a depender en exceso de las relaciones internacionales, y es por esto que, en el período de crisis generalizada como por el que atravesamos, Francia es también uno de los países que sufre menos.

I I I

El carácter francés puede deducirse muy simplemente de las consideraciones que preceden. Se expresa esencialmente en un individualismo. El francés pretende pensar y vivir por sí mismo.

La clase de burgués de que hablábamos, busca instintivamente basar su autonomía intelectual sobre la autonomía económica. El deseo de millones de franceses es poseer una casita, un pequeño comercio, una pequeña propiedad, donde estar en su casa.

Esto no quiere decir que el francés no sea sociable; uno sabe el gusto que tiene por las relaciones sociales y la conversación; pero aún con ese gusto de la sociedad, el francés permanece hermético sobre sus asuntos de familia; los extranjeros saben por experiencia lo difícil que es penetrar en las casas de las familias francesas. Y es que en el fondo de cada uno de nosotros se encuentra el gusto apasionado de la independencia personal. Lo que el francés ama en la propiedad, en el dinero, es más que el dinero mismo, la independencia que éste procura. Es sobre todo la seguridad que dá, y el francés prefiere la seguridad a la ambición, y la independencia a toda otra cosa.

Se ve en este hecho los defectos que acechan eventualmente el carácter francés. El francés es desconfiado, de una desconfianza campesina; es celoso, no digo envidioso, por el temor perpetuo de una intervención de los ricos o poderosos sobre su independencia; no quiere ser dominado por nadie; igualmente es duro en materia de intereses, sobre todo en la clase

campesina; trata las cuestiones de dinero como cuestiones de dinero, sin sentimentalismo: es que conoce el valor del dinero penosamente ganado y penosamente conservado; en fin, el francés es de ordinario casero porque se basta a sí mismo. El peligro para él estaría en encerrarse en su país, en su provincia, sin mirar y sin verificar que existen otros países cuya vida es tan activa y tan desarrollada como la suya.

He aquí defectos bastantes graves, pero que tienen su origen en una cualidad, a mi juicio maravillosa, la capacidad de ser uno mismo.

Este francés de que hablamos, con todos sus defectos, es un individuo adulto que razona, que mira la vida cara a cara, sin puerilidad, sin hipocresía, con pocas ilusiones. Su formación intelectual la debe a una erudición lejana que se remonta más allá del siglo XVIII y de la revolución, en verdad hasta la Edad Media.

Tomad cualquier hombre del pueblo, podéis conversar con él: algo tiene que decir; su cultura está hecha no tanto de libros y de instrucción, como de experiencia personal y aún secular, basada sobre la vida y la amistad. Este francés mantiene en el mundo la antorcha del individualismo.

Quizá no hacía falta exagerar este carácter individual de la civilización francesa, pues se olvidaría el lugar de la familia. El civismo francés no se explica sino por la devoción del francés a su grupo familiar. Este es un punto esencial sobre el cual debemos insistir.

Para el francés, en la jerarquía de los deberes, la familia prima sobre el Estado, es decir, que él considera que hay más deberes hacia los suyos que hacia la sociedad nacional a la que pertenece. Ahí reside la fuerza y la persistencia de la familia francesa. No hay que considerar a la Francia como una polvareda de átomos individuales, pero sí como un grupo de familias que constituye para la nación un cimiento social de una sorprendente solidez. En Francia, la familia se encarga de una multitud de funciones sociales que el Estado asume en otras partes; toda una parte de la educación nacional, el orden moral de la sociedad francesa, se practica más que en las escuelas del Estado en el marco secreto de la familia. Sucede que todo su aspecto de la actividad moral de Francia escapa a la observación de los extranjeros; transcurre a puerta cerrada, detrás de los muros que la curiosidad del exterior no puede traspasar.

Hay que agregar al mismo tiempo que la solidez de la sociedad francesa tiende justamente a esta estructura, las tempestades políticas pasan en un nivel superior, pero debajo de estas tempestades la vida de la familia francesa continúa indefinidamente, y puedo decirlo, imperturbablemente. La política entre nosotros es frecuentemente el lujo de los militantes apasionados; la realidad de la vida francesa está en otra parte. Esta es la idea que ha expresado con espíritu M. Robert Jouvenel en su libro *La República de los camaradas*.

«La Francia es una tierra feliz, donde el suelo es generoso, donde el artesano es ingenioso, donde la fortuna está repartida.

«Ahí la política es el *gusto de los individuos*: no es la *condición de su vida*.»

Es todavía la familia y el espíritu de ahorro que explican la manera cómo se forma la riqueza francesa. Cada francés, individualmente, acumula para él y para su familia; cuenta más consigo mismo que con el Estado. Es éste un trabajo silencioso, lleno de continuidad y, en verdad, formidable. Silenciosamente la comunidad se enriquece insensiblemente y al cabo de algunos años se apercibe del enorme resultado adquirido. En suma no habría riqueza francesa sin este instinto personal de todos los franceses.

Podemos venir a parar así a una definición del patriotismo francés. El patriotismo francés se distingue esencialmente del civismo anglo sajón que evoca toda una colaboración social; el patriotismo francés, es sobre todo la defensa de la tierra francesa combinada con la defensa de su idealismo político. Se trata de cierta concepción del individuo y de la libertad con respecto a cierta tierra que es la tierra de la Patria. Cuando el campesino francés, en una guerra, se hace matar, herir por defender su país, es a la vez ese idealismo político y esa tierra francesa que es la suya lo que defiende.

Se vé que este patriotismo que está a la vez muy a ras de tierra y es muy idealista, se parece en cierto sentido al civismo de los antiguos.

Resulta de todo lo que acabamos de decir, que el carácter francés es bastante diferente de la idea que existe generalmente en el extranjero. Se nos cree ligeros, y somos serios, trabajadores y duros para ganar; se nos cree cambiantes, y somos obstinados en nuestras posiciones lógicas y a decir verdad indeformables; se nos cree bohemios, somos en el fondo regulares, sobrios y aun burgueses de costumbres; se nos cree revolucio-

narios: tenemos en verdad el idealismo revolucionario, pero podría decirse igualmente que somos conservadores; en fin, de manera persistente, se nos declara decadentes, cuando somos desde el punto de vista social y biológicamente indestructibles.

He tardado mucho yo mismo en darme cuenta de estas características y en comprender que contrariamente a lo que se dice desde hace 50 años, la Francia representa en el mundo lo serio, la estabilidad. No olvido, sin embargo, que representa al mismo tiempo el progreso; porque el individuo moriría si no se renovase sin cesar mediante la adaptación.

I V

Los franceses han creado en política un sistema que está basado en la defensa del individuo. La revolución francesa de 1789 significa defensa de la libertad contra la tiranía; defensa del ciudadano contra lo arbitrario.

Esa noción del hombre, tal como el siglo XVIII la ha creado, es verdadera, aún hoy día, ella lo será sin duda siempre.

En todas partes donde haya preocupación por el hombre, de su libertad de pensar, de su libre desenvolvimiento intelectual, de los derechos imprescriptibles del individuo, es indudable que se volvería siempre la mirada hacia Francia.

Desde este punto de vista, el pensamiento francés, la civilización francesa, tienen un alcance verdaderamente humano.

Sin embargo, entre tanto, no disimulamos que la noción del individuo, tal como ha sido exaltada por los franceses de 1789, está hoy día amenazada por las nuevas concepciones que vienen en tren de transformar la producción industrial. Una era nueva de la humanidad está por comenzar, en la cual el individuo bien podría no conservar el rol eminente que la civilización francesa había pretendido darle.

La gran producción industrial moderna exige en efecto la división del trabajo en lugar de la iniciativa personal; el rendimiento en lugar de la libre *cultura* personal. Esa concepción de la producción en estas condiciones, amenaza en cierto modo la independencia del hombre; ella importa también; lo vemos cada día por lo demás, una concepción política de la sociedad que no es necesariamente antidemocrática, pero que deberá ser casi necesariamente anti-individualista.

En las sociedades del porvenir, basadas sobre la producción industrial, la igualdad podrá ser respetada, pero el individuo deberá casi siempre encuadrarse en una organización en que corre el riesgo de desaparecer. Nos basta volver los ojos del lado de los Estados Unidos y sobre todo de Rusia, para darnos cuenta de ello.

De ahí que dos tipos diferentes de democracia correspondientes a concepciones diferentes de la vida y de la producción, tienden a afirmarse. De un lado, por ejemplo, los Estados Unidos y la Rusia que mantienen el acento sobre la organización colectiva del trabajo; del otro la Francia, democracia igualitaria e individualista que pone el acento sobre el individuo.

Estos dos tipos de sociedades políticas son igualmente democráticas, pero no pueden entenderse profundamente porque reposan sobre principios diferentes. La organización y el individuo son igualmente necesarios al progreso humano, pero esto es muy distinto según se prefiera la organización al individuo, o el individuo a la organización. No es un azar que Lenin, el gran revolucionario ruso, distinguiese como el peor adversario de la revolución soviética, no al burgués, sino al campesino propietario.

Se trata en suma de una oposición de alturas, y a decir verdad, de una oposición de dos concepciones de la vida. ¿Dónde se pondría el acento? ¿Sobre la producción o sobre la cultura de la persona? Tomando en cuenta que se obtenga una u otra respuesta, se llegará a tipos de sociedades enteramente diferentes y que, desgraciadamente, es necesario elegir.

He ahí una cuestión profundamente interesante para el continente Sudamericano. Por la geografía (M. de la Palisse lo habría encontrado solo) ustedes son americanos. La geografía y las condiciones económicas hacen que la América Latina y la América Anglo-Sajona, tengan entre sí una unidad que es inútil impugnar y que salta al observador menos advertido.

La *mise en valeur* de las dos secciones de este continente macizo, no puede operarse sino por los mismos métodos y es evidente que tarde o temprano, la América del Sud se verá arrasada a seguir los métodos de la América del Norte; pero al mismo tiempo, por la tradición, por la cultura, la América del Sur, es latina, se siente ligada, nó a los Estados Unidos, sino a las grandes civilizaciones mediterráneas que se agrupan en

la tradición romana o griega. Y es poco probable que abandone jamás esta tradición de la que está orgullosa.

Sucedará en el porvenir que la América del Sur titubeará entre las dos inspiraciones: la inspiración económica proveniente de los Estados Unidos, y la inspiración cultural proveniente de Europa. ¿Vacilará, ensayará, tal vez conciliarlos?

Creo estar en la actualidad tratando delante de ustedes la concepción individualista de los franceses. Igualmente creo, estaría en actualidad al terminar esta serie de conferencias, comparando la civilización europea, y sobre todo la francesa, con la civilización de masa de los Estados Unidos.

SEGUNDA CONFERENCIA

LOS PRINCIPALES PROBLEMAS POLITICOS BAJO LA TERCERA REPUBLICA

La psicología política de los franceses

La vida política francesa se desarrolla en una atmósfera particular. La unidad social del país es extraordinaria. Hay sin duda muchas razas (germanas, celtas, latinas), pero ninguna domina; ninguna sobre todo desprecia a las otras; el francés no tiene doctrina de razas; cree ante todo en la cultura. La verdadera unidad nacional reside en las costumbres. Todos los franceses están satisfechos de su manera de vivir: no querían cambiar; esto no lo ponen siquiera en duda, a cualquier clase social a que pertenezcan. En estas condiciones, el cuadro social es extraordinariamente sólido. Las discusiones políticas no obran sobre lo que hay ahí de más esencial, es decir, las costumbres.

Sin embargo, en el interior de este cuadro, el individualismo francés, podríamos decir, el individualismo galo, vuelve a tomar toda su fuerza.

Cada francés querría ser una unidad independiente; no puede, no quiere agruparse. La consecuencia política inmediata, es que no hay *partido* organizado; solamente grupos. En el interior de estas organizaciones, que son apenas organizaciones, la ausencia de disciplina da una impresión de anarquía; sin embargo no nos equivoquemos, esta anarquía no es sino superficial; pues si los grupos son desordenados los indi-

viduos no lo son. El equilibrio moral y social de cada francés es una realidad.

De ahí fluye la naturaleza de los problemas políticos que interesan al país. Las discusiones sobre las cosas son poco sensacionales, observación en apariencia paradójica y sin embargo estrictamente verdadera. El interés no es la base de la política, los intereses se defienden por sus propios medios, pero un partido que inscribiese sobre su estandarte: «Intereses» sería probablemente rechazado por la masa de electores. Al contrario, las discusiones sobre las personas, sobre el estatuto de las personas, son apasionadas; todo lo que toca al individuo, el estatuto doctrinal y legal del individuo, levanta en Francia discusiones apasionadas. Y cosa singular, es la doctrina lo que parece interesarle más. M. Robert de Jouvenel ha observado que en las Cámaras Francesas, las órdenes del día son tomadas más en serio que las leyes; igualmente una gran parte de nuestras luchas políticas se desenvuelven a propósito de nuestros grandes hombres que cada cual quiere reivindicar para su partido, a propósito de nombres de calles que cada cual quiere llamar según las personalidades de su afecto; una municipalidad conservadora llamará a su boulevard, el boulevard Foch, pero una municipalidad socialista le dará el nombre de Anatole France o de Zola. Hay en ello una hermosa capacidad de representación intelectual que hace de la política en Francia, un juego de gentes muy cultivadas.

I I

Desde poco más de un siglo, la demarcación esencial de las tendencias políticas, está hecha por la Revolución francesa de 1789. ¿Se acepta o no se acepta el espíritu de la gran Revolución? He ahí la demarcación primordial. Esta discusión ha atravesado todo el siglo XIX, y cosa curiosa, todavía es dominante, porque en Francia el espíritu de 1789 no está aceptado por todos; la reacción contra esos principios es siempre una posibilidad y es ahí, verdaderamente, donde reside la distinción esencial entre lo que se llama la izquierda y lo que se llama la derecha.

El espíritu de 1789 se expresa esencialmente en esta afirmación que la fuente de la soberanía viene de abajo y no de arriba, es decir, del pueblo y no de las autoridades sociales.

Declarar que la soberanía viene del pueblo, viene a afirmar la igualdad, al menos teórica de todos los ciudadanos; es una afirmación de dignidad intransigente que contiene en sí todas las pasiones de Rousseau; es, por otra parte, una afirmación que equivale a reivindicar la soberanía del sufragio universal, es decir del pueblo. Una tal afirmación parece banal, pero en un pueblo lógico ella va muy lejos, llega así a renegar todo gobierno basado en el nacimiento o en la fortuna, igualmente llega a renegar todo gobierno espiritual basado en la autoridad de la Iglesia. Así se dibujan los dos problemas que dominan, no solamente todo el siglo XIX, sino toda la Tercera República: ¿quién dirigirá? ¿La burguesía o el pueblo? ¿Quién dirigirá? ¿La Iglesia o la sociedad civil? ¿Pueblo o autoridad social?

Esta es una discusión de primera importancia; según la tesis de las autoridades sociales, la fortuna, el nacimiento son en sí títulos para el gobierno de los pueblos. Instintivamente la nobleza, los ricos, las dinastías patronales o burguesas, los cuerpos constituídos de altos funcionarios, la sociedad, se ven tentados de reclamar el derecho de gobernar nada más que en nombre de su nacimiento, de su riqueza, de su competencia. Ciento cincuenta años después de la Revolución francesa, hay ya una tesis, propiamente hablando, reaccionaria que persiste; es la base de la división entre la derecha y la izquierda. El filósofo Alain ha podido escribir sin pecar de inverosímil: «No es el ejemplo de un salón donde se acepte lisa y llanamente la soberanía del pueblo». El problema está siempre vivo: ayer se trataba de una discusión entre la Reyecía y la República; hoy la discusión continúa entre la República conservadora y la República popular.

El problema es apenas diferente, si se trata de la Iglesia Católica y de sus relaciones con el gobierno. Demócrata, la Iglesia, según su doctrina, no puede reconocer la independencia de la sociedad política *según su modo de ver*.

Admitirá en el hecho un poder temporal prácticamente independiente, pero la delegación, según su pensamiento, debe venir de Dios y no del pueblo. Desde este punto de vista lo *laico* para la Iglesia, es una cosa abominable. Por consiguiente cada vez que la República ha querido fundar el carácter laico, ha encontrado a la Iglesia sistemáticamente como a su más temible adversario. La Francia tiene cuarenta millones de franceses y casi cuarenta millones de católicos, y es no obstante

la solución de lo *laico* lo que la ha arrastrado, sea en el estado civil, sea en el divorcio, sea en la escuela, sea en la separación de la Iglesia y del Estado. ¿No hay en ello una paradoja?

En el hecho, si casi todos los franceses son católicos, la mayoría de ellos no quiere el Gobierno político de los sacerdotes. En Francia se estima la religión católica y su clero, pero no se quiere que ese clero se mezcle en política.

A raíz de este hecho se opera en la mayor parte de los franceses, un delicado desorden político en el cual el hombre, sobre todo el marido o el padre, es católico, pero en el que el ciudadano se declara abiertamente anticlerical. El anticlericalismo así comprendido, equivale a una reivindicación casi metafísica de la independencia del individuo que reclama su derecho de juzgar soberanamente los problemas políticos, sin intervención de ninguna especie del sacerdocio.

La República ha creado el *carácter laico*, pero la Iglesia no lo acepta, sobre todo en la escuela. El problema permanece vivo, ha sobrevivido aún a la guerra. Yo no exagero diciendo que hoy día mismo la principal demarcación de los partidos políticos en una elección, se hace según la actitud que ellos adoptan respecto de lo *laico*, de la iglesia, de la intervención política del clero.

Es bastante fácil determinar las clases sociales que se desprenden o no del espíritu de 1789.

Para el espíritu de 1789, tenemos generalmente, al campesino y al artesano de pueblo, al obrero, al pequeño funcionario, y la pequeña y la media burguesía. Contra el espíritu de 1789, se confiese o nó, tenemos la nobleza, principalmente la nobleza de gran propiedad que sostiene la jerarquía social, la iglesia hostil a lo *laico*; la burguesía antiguamente revolucionaria pero transformada a su turno en una autoridad social; una parte de la *intelligentzia* unida a la concepción del orden, en fin, toda la clientela que gravita alrededor de esas fuerzas.

Estamos aquí al centro de la lucha política, tal cual el siglo XIX la ha constituido en Francia. No hay comuna por pequeña que sea en la cual no se dibujen dos tendencias: la una tras el mastero de escuela que estará a la izquierda; la otra tras el sacerdote, el noble, el gran burgués del lugar que estará a la derecha y quien querrá en el fondo mantener en lucha al pueblo. En esta lucha política es el pueblo quien ha ganado pero no de una manera definitiva. Francia desde hace cuarenta años ha sido gobernada por gentes instruídas y culti-

vadas, productos de la pequeña burguesía y quienes tenían la confianza del pueblo.

Por el contrario, la gran producción industrial y, de una manera general, el comercio y la actividad económica, han quedado entre las manos de una burguesía, de la cual no se podría decir que es abiertamente reaccionaria, pero sí que es conservadora. Por la victoria del pueblo el programa de la Revolución francesa ha sido casi completamente realizado: pequeña propiedad y reparto equitativo de las herencias; libertad de trabajo; igualdad civil, acceso a los puestos públicos sin distinción de nacimiento; estado civil y laico; laicismo de todos los poderes; libertad de prensa; de pensamiento, de palabra, de reunión. Francia es profundamente y sin duda irrevocablemente allegada a todas sus conquistas.

Esta formación psicológica ha marcado de manera indeleble la política francesa. En un país lógico como Francia, el pueblo ha querido descubrir hasta su límite la lógica del Gobierno del Pueblo. De ahí esta mística de izquierda que en ninguna parte se ha desenvuelto más que en Francia y que considera la Democracia bajo el aspecto, no de su estado estático, sino de un movimiento. Ya bajo la Revolución «los sospechosos de moderación» eran considerados como los peores enemigos del pueblo; de ahí la profundidad de este sentimiento: hay que estar a la izquierda.

Muchos electores, sobre todo en el mediodía, votan sistemáticamente por la izquierda, y aún por principio: «por el más avanzado» de los candidatos sea quien fuere, sea comunista, aunque ellos mismos estén muy lejos de ser comunistas. He ahí todavía la competencia de los epítetos.

En principio se es republicano; pero se cree ser más republicano diciéndose radical, socialista, comunista. Hoy día mismo, en el mediodía, ninguna candidatura por relativamente moderada que sea, no puede omitir el término socialista sobre el afiche; esto no significa nada sino la voluntad de ser o de parecer izquierdista.

En un libro espiritual titulado *Manual del Candidato*, por Duo Caroli, el espíritu de esta competencia ha sido muy espiritualmente ridiculizado. «Pequeñas frases hechas para uso de los candidatos radicales: «ustedes no quieren quedarse atrás, no quieren marcar el paso, ustedes están resueltos a ir adelante, ustedes probarán una vez más que este departamento quiere siempre avanzar en la vía del progreso».

Sobre los cultos:

«Izquierda: aplastemos al infame.

Izquierda moderada: libertad para todos pero vigilemos a los sacerdotes.

Centro: libertad, pero acordemos privilegios a los defensores de la moral.

Centro derecho: Es necesario una religión para el pueblo, las mujeres y los niños.

Derecha: mueran los judíos, una nación fuerte debe ser cristiana.

Sobre la Marina:

Extrema izquierda: Suprimamos los barcos.

Izquierda: pequeños barcos (submarinos): marina republicana y democrática.

Centro: barcos medianos (torpederos): marina nacional.

Centro derecha: grandes barcos (Cruceros): vieja marina.

Derecha: muy grandes barcos (Acorazados): marina cristiana».

En las elecciones, todo candidato que no tiene en cuenta esta psicología electoral corre el peligro de disgustar a sus electores.

Es preciso al mismo tiempo comprender bien que, como estructura social, Francia es muy democrática; el elector no tiene gran cosa que pedir como reformas. En una democracia campesina donde todo el mundo es propietario se puede sin duda afirmar la izquierda, pero la izquierda ya no significa gran cosa. Así resulta que en el momento en que se expresan afirmaciones democrático-radicales, esto se hace continuamente en un estado de espíritu que podría ser considerado como conservador, puesto que se tiene algo que conservar. He aquí por qué el francés en el momento en que pretende que es preciso ser izquierdista, puede muy bien estar satisfecho de una sociedad política que no le deja gran cosa que desear.

Se reclaman reformas y no siempre hay prisa por llevarlas a cabo. Algunos socialistas propietarios reclaman la abolición de la propiedad y de ninguna manera se apuran por realizarla. Uno piensa a pesar de todo en ese coro de la ópera que canta indefinidamente: «Marchemos, marchemos», sin moverse de su sitio. Un espiritual candidato en el mediodía de Francia expresó perfectamente este estado de espíritu gritando: «siempre a la izquierda pero no más lejos...»

Ese sistema político ha sido concebido por la sociedad

campesina y artesana que describíamos en nuestra primera conferencia. Semejante sociedad compuesta de propietarios independientes y paralelos es simple de contextura; importa un sistema de gentes satisfechas, aunque democráticas, y más preocupados de defender su libertad individual contra los poderes públicos que de ejercer una acción reformadora.

Pero desde que esta sociedad ha sido constituida, un gran hecho social se ha producido: el nacimiento de la grande industria. ¿Qué repercusión ha ejercido sobre la política francesa la aparición de los problemas sociales y aquella del régimen industrial? ¿Como producto de la Revolución Francesa? He aquí la cuestión que ahora debemos estudiar.

I I I

La revolución de 1789 ignoraba voluntariamente el problema obrero; no quería reconocer sino individuos; rehusaba reconocer los grupos, los sindicatos. Por lo demás en esta época no había grande industria.

El problema obrero ha comenzado a hacerse sentir hacia 1830, y se ha hecho sentir más fuertemente después de 1848. Las fechas típicas de las jornadas de Junio de 1848; de la Comuna de París en 1871, marcan ese desenvolvimiento creciente de las preocupaciones obreras. Desde entonces el problema obrero no ha cesado de tomar una importancia siempre en aumento. Desde 1893 ha habido en la Cámara de Diputados un grupo socialista cuya influencia no ha cesado de crecer. Aunque Francia no llegue nunca a ser un país principalmente industrial, las cuestiones propiamente obreras se han inclinado a tomar en la política francesa, una importancia de primer plano y su repercusión se ha manifestado en todos los dominios de la vida pública.

Fácilmente se adivina que en la sociedad igualitaria e individualista que acabamos de describir, la intromisión del punto de vista industrial debía ejercer una completa perturbación. El francés tradicional está a la izquierda; esta izquierda significa: más libertades para el individuo; más influencia en la política para el ciudadano, tomado individualmente, cualquiera que sea su nacimiento, pero si más adelante la izquierda debe significar revolución social, si más adelante la izquierda debe significar: la reforma social por la organización, es bien evi-

dente que todo cambia, pues desde entonces el movimiento de izquierda, en lugar de significar más libertades y más individualismo, corre el riesgo de significar por el contrario una grave amenaza para la libertad, para el individuo.

Debemos estudiar por consiguiente la repercusión de la industria sobre la actitud política de las diferentes clases sociales.

El obrero, desde luego, durante todo el siglo XIX, el obrero de industria ha sido la vanguardia de la democracia; sobre las barricadas parisienses es él el que más ha trabajado por la afirmación de los derechos del pueblo. Esa es su tradición; tradición de idealismo democrático sin factor de clase, sin lucha de clases a la manera marxista. Cuando el movimiento sindical francés se ha desarrollado hacia el fin del siglo XIX, con una inteligencia y un espíritu de organización admirable, es muy importante notar que este idealismo democrático salido de la Revolución francesa, se ha mantenido en las filas obreras; poco a poco la clase obrera francesa se ha adherido a una doctrina colectivista, pero en el hecho no ha perdido nunca el idealismo democrático de su tradición; en el hecho nunca ha llegado a ser marxista en su espíritu. Todas las veces que la República ha hecho un llamado a los obreros para defenderse, las clases obreras, contentas, han respondido al llamado. Todavía hoy, en las elecciones, es demasiado frecuente que los socialistas unificados se junten con los radicales para defender la tendencia de izquierda contra la reacción. Hay aquí un estado de espíritu que se distingue completamente del colectivismo doctrinal para ligarse más todavía a la concepción democrática de la Francia de 1789. Es necesario, sin duda, acordarse que hay en Francia un ensayo hacia el movimiento comunista; que no hay que perder de vista nunca que en Francia el comunismo es mucho más que una importante consecuencia de la revolución soviética, descontento o afán de protesta o idealismo político. Y es así como el movimiento obrero, aún transformado por la aparición de la gran industria, permanece a pesar de todo un movimiento de base democrática.

La clase burguesa parece haber sido transformada más profundamente que la clase obrera por esta evolución.

El burgués, gran beneficiario de la Revolución de 1789, ha estado durante largo tiempo a la izquierda, políticamente, para formar su autoridad ascendente contra la autoridad decli-

nante de la nobleza y del antiguo régimen; pero a partir de 1848, enriquecida, poderosa y satisfecha, ha comenzado a tomarle miedo al obrero y ha pasado rápidamente al conservantismo y a la resistencia. Desde la segunda mitad del siglo XIX, el burgués se ha clasificado decididamente a la derecha en el punto de vista social. Él se clasifica igualmente más y más a la derecha en el punto de vista religioso y éste es un tipo muy importante de su evolución. Hasta allá por 1848, la burguesía católica nominalmente, era anticlerical y aún a menudo volteriana de hecho. Por tres etapas sucesivas ha llegado a ser hoy día la más católica de todas las clases sociales francesas. Esto ha sido desde luego por un sentimiento de defensa social; por miedo de la revolución: estimaba ella que el sacerdote es útil al lado del gendarme para mantener el orden en la sociedad; un poco más tarde, al fin del siglo XIX, la juventud burguesa fatigada de un individualismo descentralizado, ha experimentado la necesidad de una doctrina de orden; ha estimado que la Iglesia le ha abastecido el cuadro. Más recientemente en fin, una tercera generación de burgueses, educada en la convicción religiosa, puede clasificarse entre los discípulos fieles de la Iglesia. De tal manera que no es excesivo decir que hoy día la burguesía ha pasado, y casi enteramente, al plan de la conservación social y de la defensa católica. A medida que la burguesía se orientaba hacia concepciones más y más conservadoras, perdía la dirección política del país. Si ha conservado la dirección industrial, comercial, financiera y aún en cierto aspecto, intelectual, de la sociedad francesa, la burguesía, al menos la alta burguesía, no ocupa ya en el personal político los puestos verdaderamente dirigentes.

En cuanto al pueblo, evoluciona a penas. Yo veo claramente que por la división cada vez más grande de la pequeña propiedad, el lado conservador que hay en él, se afirma. No se hará nunca nada en Francia en nombre de Marx o de Lenin, contra la propiedad de la gente modesta, pero al mismo tiempo la masa no ha renegado absolutamente de su mística igualitaria y democrática: permanece esencialmente a la izquierda, no solamente contra la influencia política de los curas sino (preocupación más actual) contra toda dirección capitalista de la nación. En este aspecto el pueblo francés continúa, como en el pasado, combatiendo en política las autoridades sociales. De esta manera expresa en la forma más auténtica su concepción de la democracia.

I V

Estamos en condiciones, después de este análisis, de determinar la posición general del pueblo francés en el problema político. Políticamente está a la izquierda, por la libertad y contra todas las formas del absolutismo. Pero socialmente queda individualista, propietario hostil al colectivismo, al soviétismo, aún al americanismo en lo que el americanismo significa abuso de organización. En una palabra, si políticamente está a la izquierda, socialmente es de tendencia conservadora. Se comprenderá sin trabajo el carácter contradictorio de esta actitud: políticamente el corazón del francés está a la izquierda, pero su bolsillo está a la derecha. Y en efecto, todos o casi todos los franceses tienen un bolsillo. En nuestro país la ideología extremista se asocia de modo estrecho al gusto innato del orden.

De aquí resulta que en política se pueden hacer muchas locuras, el equilibrio social del individuo al vivir en la familia con una tradición social antigua y sólida, permite a la sociedad francesa atravesar sin pena tempestades que, en cualquier otro país, serían generadoras de revoluciones.

Se comprende entonces que es necesario hacer en Francia una distinción esencial entre el dominio de la política y el de la actividad económica y social. En Francia, las realizaciones materiales se hacen frecuentemente fuera de la política. Es fuera de la política, sobre todo después de la guerra, donde se ha operado la reorganización de la industria; es a menudo fuera de los partidos, aun fuera de la Cámara, donde se discuten las más grandes cuestiones de trabajos públicos, de legislación social o de régimen aduanero. Hay en ello una obra muchas veces considerable que se hace sin ruido, sin discusiones apasionadas, en las comisiones, en los grupos sindicales, por la acción individual. Observando este inmenso esfuerzo, se siente uno inclinado a recordar las palabras de Robert de Jouvenel: «En Francia, la política es el *gusto* de los individuos, no es la condición de su vida».

Si no obstante nos quedamos en el dominio de la política, nos vemos obligados a sacar por conclusión que los grandes problemas que han apasionado a Francia desde hace 50 años, son esencialmente problemas de política y sobre todo problemas de doctrina. Así hemos tenido la lucha de la República

contra la reyecía; después de la República contra la doctrina militar (el general Boulanger); hemos tenido por otra parte la lucha del poder civil contra el clericalismo: la escuela laica fundada por Jules Ferry, la separación de la Iglesia y del Estado realizada por Briand. Hemos tenido igualmente la lucha del poder civil contra el poder militar, el affaire Dreyfus, con sus discusiones apasionadas sobre la concepción de lo que debe ser un ejército en una democracia. Hemos tenido, en fin, las luchas victoriosas por la conquista de todas las libertades: libertad del pensador, del escritor, del funcionario; libertad sindical del obrero, en fin, la reivindicación de la libertad religiosa contra la sociedad laica, pero también de la libertad de la sociedad laica contra la autoridad religiosa.

Se notará que todos estos problemas políticos franceses tienen un alcance general y humano que rebalsa el marco estrecho de la nación. Un problema discutido en Francia y para la Francia, interesa generalmente a toda la humanidad entera, pues cuando el francés defiende la libertad, no solamente piensa en su propia libertad, sino en la libertad humana entera. Hay en esto un hecho que, más que todos los otros, a mi juicio, hace honor a la Francia.

TERCERA CONFERENCIA

EL REGIMEN POLITICO FRANCES Y SU FUNCIONAMIENTO

La Francia ha prácticamente ensayado todos los regímenes. Cada uno de ellos ha respondido a una concepción particular del gobierno; cada uno ha dejado también rasgos en los regímenes que han seguido. El pasado entre nosotros, es luego sensible en el presente, sea por las tradiciones que deja detrás de él, sea por las reacciones que provoca. Este es un punto que es necesario no olvidar jamás cuando se trata de analizar el espíritu del régimen político francés actual.

I

Hay en Francia varias concepciones de gobierno: la concepción absolutista, por una parte, y por la otra las concepciones basadas en la soberanía popular; estas últimas se dividen a sí mismas en concepciones parlamentaria, bonapartista y de la democracia de comités.

En la concepción absolutista, la autoridad debe venir de lo alto, sea de Dios, (régimen de derecho divino), sea de las autoridades sociales, sea aún de las competencias. En este sistema el pueblo no tiene nada que decir: no es asunto suyo; se trata de una concepción jerárquica que no merece confianza al buen sentido popular.

Los regímenes que reúnen este estado de espíritu son: el antiguo régimen antes de 1789, la Restauración de 1815 a 1830, el régimen abortado del 16 de Mayo de 1877. En cuanto

a los partidos o clases que se adaptan a esta concepción, son: la nobleza, la iglesia (al menos en sus doctrinas), cierta burguesía patronal, en cierto sentido toda la administración francesa mientras persista en Francia el espíritu autoritario de Luis XIV y de Napoleón.

Entre las concepciones basadas sobre la soberanía popular, la concepción parlamentaria es actualmente la más importante. En este sistema, el pueblo expresa su voluntad por medio de asambleas elegidas. La desconfianza del gobierno es la esencia del sistema, en razón de una experiencia secular que no siempre es enteramente falsa; el Gobierno es sospecho de tender siempre al absolutismo y se trata de limitar ese absolutismo por el control de asambleas plebiscitarias alertas. Los regímenes que representan esta manera de ver, son: la monarquía parlamentaria de Luis Felipe y la Tercera República. Los partidos o clases que se adaptan a esta concepción son: los republicanos y la masa del pueblo en general; pero la burguesía tiende a separarla.

En la concepción bonapartista, se trata de reivindicar en el gobierno, los derechos de la autoridad, pero en el marco de la democracia. En ese sistema la voluntad del pueblo se expresa, no por las asambleas elegidas, sino por un jefe designado o más exactamente elegido por el pueblo: tribuno, emperador, cónsul, presidente... el nombre aquí importa poco, lo esencial es que el centro del gobierno se encuentre encarnado en la persona de un hombre popular y representativo. Aquí el orden que se antepone a la libertad y a la igualdad bajo un «jefe único» encarna la preocupación principal del pueblo. Es por esto que el bonapartismo, lejos de clasificarse con los regímenes del pasado, se clasifica al contrario en los regímenes salidos de la soberanía popular y de la Revolución Francesa. Los regímenes franceses que responden a esta concepción son todos los regímenes napoleónicos y sus derivados.

Para encontrar en el extranjero concepciones análogas habría que volverse hacia las constituciones presidenciales de la América del Norte o de la América del Sur. En Francia, el bonapartismo no es actualmente más que una fuerza organizada, pero subsiste como un estado de espíritu latente y extremadamente poderoso. En el fondo, todos los movimientos boulangierianos, fascistas, antiparlamentarios, son una continuación de la tradición bonapartista. Se trata más de un estado de espíritu que de un partido, pero de un estado de

espíritu profundamente anclado en el temperamento político francés.

El régimen de la democracia de comités es un régimen singular y profundamente francés, en el cual la democracia se expresa no en una asamblea ni en un hombre popular, sino en pequeños grupos puros, propiamente hablando; en comités que generalmente se designan por sí mismos. Se percibe inmediatamente el parecido singular entre este régimen y el de los soviets. El gobierno de la Convención de 1793, aquel de la Comuna de París en 1887, el gabinete de M. Combese con su régimen de delegados, pertenecen evidentemente a esta forma de gobierno. Los partidos o las clases que se adaptan, en cierto sentido, son: los radicales socialistas, y sobre todo los comunistas. El espíritu de este sistema conforta la ortodoxia, pequeños grupos puros, la exclusión, y la atmósfera persistente de la «camarilla».

Si ahora buscamos determinar el espíritu del régimen actual tal como funciona en la Constitución de 1875, llegamos a constatar que los constituyentes de 1875, monarquistas liberales, querían la reyección; pero no pudiendo conseguirla habían organizado una República de hecho, copia del sistema inglés, con un presidente de la República (el Rey), una Cámara de Diputados (Cámara de los Comunes), un Senado, (Cámara de los Lores), la responsabilidad ministerial. Este régimen, francés por consecuencia, debía ser provisorio, pero la República se ha afirmado de hecho y por el uso que se ha hecho de ella, esta reyección disimulada ha llegado a ser una democracia profundamente auténtica.

Hoy día en nuestro régimen, tres tendencias durables persisten: la soberanía del pueblo en adelante irrevocable; paralelamente un instinto de absolutismo que persiste sea en el gobierno, sea en la administración, sea en la iglesia católica; en fin, un estado bonapartista latente expresándose en el gusto por un poder fuerte y en una impopularidad singular del parlamento.

Al mismo tiempo que estas tres tendencias, tres reacciones contra la tendencias anteriores se manifiestan y forman parte de la personalidad política francesa: primero el diputado, único elegido por sufragio universal, tiende a convertirse en el motor y el eje del sistema, por temor a la personalidad demasiado fuerte de los gobernantes; al mismo tiempo el temor al absolutismo en el ejecutivo sigue siendo una preocupación cons-

tante de los elegidos por sufragio universal que temen constantemente que el Gobierno se haga demasiado poderoso. Por esto es que los ministros en Francia tienen siempre cara de acusados y que la intromisión parlamentaria en los actos del ejecutivo es casi permanente; en fin, el temor del bonapartismo y del gobierno directo sigue siendo una característica esencial de nuestro régimen parlamentario, pues nuestro parlamentos elegidos tienen un temor instintivo de los gobiernos que querrían, por sobre sus cabezas, hablar directamente al pueblo, según el sistema de plebiscitos.

De donde resulta que poseemos una democracia parlamentaria, y no presidencial; se trata de una democracia profundamente anidada en el espíritu de los franceses y es un error singular creer que Francia no está encadenada al gobierno de la república y del pueblo. Lo que no quita que el esfuerzo de la reacción se conserve poderoso y que en Francia el régimen republicano, aún hoy día, deba defenderse constantemente contra una reacción que renace sin cesar.

I I

El desenvolvimiento del régimen republicano en Francia, después de 1871 comporta dos luchas y dos victorias:

La primera lucha es la del Presidente de la República contra el Gabinete responsable, es decir, la lucha del absolutismo contra el parlamentarismo, y en este conflicto es el Gabinete el que sale ganando. La segunda lucha es la del diputado contra el poder gubernamental y en este segundo conflicto es el diputado el que sale ganando. Pero el diputado a su vez tropieza con la resistencia que no logra vencer: la jerarquía administrativa permanente que constituye un block casi ciego, y la resistencia de la vida privada y familiar en la cual el individuo se defiende obstinadamente contra las intervenciones de los poderes públicos.

Estudiemos primero la lucha del Presidente contra el Gabinete responsable.

El Presidente de la República en Francia es elegido por la asamblea nacional y no por el pueblo, porque se teme el plebiscito; es elegido por siete años; porque se quiere que sobreviva a los diputados que lo han elegido y que no están nombrados más que por 4 años. Según la letra de la Constitución,

posee todos los poderes (nombramiento de todos los empleos, poder de emplazamiento de la Cámara, poder de pedir a las asambleas una segunda deliberación de las leyes, disolución de la Cámara con la aprobación del Senado; derecho de gracia, como un rey). Pero no puede nada sin la firma de un ministro responsable, y el mismo es irresponsable.

Los constituyentes habían querido un presidente fuerte, pero por esta pequeña disposición de la firma de un ministro responsable ante las Cámaras, han dejado escurrirse la reserva por la cual todo el poder presidencial ha terminado por escaparse. A este respecto el golpe de Estado frustrado del 16 de Mayo de 1877, por el Mariscal Mac Mahon, ha ejercido una influencia decisiva sobre la evolución de nuestro régimen. Mac Mahon, Presidente conservador de la República, emprendió, en 1877, la tarea de gobernar arbitrariamente contra la Cámara republicana; habiendo disuelto la Cámara, fué desaprobado por el sufragio universal y desde entonces el recuerdo de esa intriga ha permanecido tan viva en los medios políticos, que ninguna disolución más ha sido posible. En la hora actual, siendo que todavía posee incontestablemente el derecho de disolución, el Presidente no podría ya servirse de él. La consecuencia de este hecho ha sido de extrema importancia, en el sentido de que la evolución lógica de todo el sistema ha tendido hacia el régimen parlamentario completo. En primer lugar el centro de gravedad del poder político ha pasado del Presidente al Consejo de ministros responsables; indudablemente hemos conservado al Presidente, pero el buen Presidente no es aquel que gobierna, sino aquel que preside. Su influencia personal puede ser grande, a condición de que no pretenda ejercerla directamente y que insinúe su acción más que afirmarla; para emplear una comparación familiar, podría decirse que, en cierto modo, él es un tío de la República que le dá consejos sin estar forzada a seguirlos, pero que escucha voluntariamente cuando el consejero es correcto, experimentado y devoto del régimen.

La segunda lucha ha comportado la rivalidad del diputado y del Gabinete y, como ya lo hemos dicho, es el diputado quien ha salido vencedor.

Nuestro régimen comporta dos asambleas: una Cámara elegida por el sufragio universal; un Senado elegido en tercer grado por delegados escogidos por los consejos municipales. El Senado de mayor edad (hay que tener 40 años), es el de-

fensor de la República y del orden social. Pero la Cámara, más joven, es en realidad el motor de todo el sistema.

La supremacía del diputado en el régimen político francés, ha devenido un hecho establecido. ¿Cómo se explica? En primer lugar, el diputado es un hombre local, independiente de su partido, que no le hace ni deshace; depende únicamente de su barrio, es decir, de sus electores en el escrutinio universal, verdadero escrutinio francés; un lazo estrecho se establece entre el elector y el diputado, y el diputado es, en verdad, el mandatario de aquellos que le nombraron. Una vez elegido, el diputado es intangible porque, nosotros lo hemos visto, el Presidente de la República no podría disolver la Cámara de Diputados, aunque tenga el derecho de hacerlo; de ahí que el diputado derribe impunemente el Gabinete y sea él quien, soberanamente, decida en último caso.

La vida y el mandato del diputado se han desenvuelto conforme a sus tendencias. Un diputado es, en realidad, un plenipotenciario de su comuna en la Capital; es un provinciano delegado en París que recibe constantemente instrucciones de quienes lo nombraron; recibe todos los días una cincuentena de cartas, debe conocer a todos los electores, debe ir a su circunscripción todos los sábados. Y si, convertido en parisién, perdiera el contacto con su circunscripción, correría el riesgo de no ser reelegido; un diputado que se hace demasiado parisién, pierde su fuerza local; sus electores le consideran como corrompido por los salones, desviado de sus sentimientos democráticos por el snobismo de la capital. Pero si permanece en contacto con sus electores, obtiene frente al Gobierno una independencia de que no creo pueda ningún otro régimen dar el ejemplo; se transforma entonces, no solamente en un legislador como en la teoría de la Constitución, sino en un controlador soberano de todas las máquinas gubernamentales; sus electores quieren para él todos los poderes, sea para enmendar los errores, sea, llegada la ocasión, para obtener favores. Se trata, en suma, de una especie de embajador. Beneficiarios de una delegación directa de la soberanía,—hay allí una supervivencia ingenua del llamado al rey bajo la encina—los electores quieren siempre dirigirse a su diputado y se imaginan que por él, ellos podrían obtenerlo todo; ni siquiera admiten que el poder de un diputado sea limitado: «¿No es ése el jefe?», «Ud. que es todo poderoso», he ahí fórmulas que revienen sin cesar en la correspondencia que reciben los diputados. El filósofo Alain ha ex-

presado la idea que el elector se ha formado de su elegido en la siguiente fórmula: «Yo quiero que la puerta del diputado esté abierta».

Los parlamentarios, como corporación, han terminado por apercibirse de la fuerza extraordinaria que poseían y han concebido un singular orgullo.

Hay en las Cámaras francesas, y sobre todo entre los diputados, un sentimiento instintivo y colectivo de los derechos del Parlamento, un típico orgullo de cuerpo, una susceptibilidad casi pueril. Los diputados se apegan demasiado al protocolo: no admiten el no estar sentados a la mesa en primer rango; no saben esperar; siempre encuentran natural el no pagar y ser admitido de favor; no soportan sino con extrema impaciencia las críticas colectivas que se les dirigen. Este estado de espíritu existe en todos los partidos y a este respecto el Parlamento presenta una extraordinaria unidad; es la observación de M. Robert de Jouvenel sobre los diputados, cuando dice: «Hay menos diferencia entre dos diputados siendo el uno revolucionario y el otro nó, que entre dos revolucionarios uno de los cuales sea diputado y nó el otro».

Desde el punto de vista político, esta conciencia de la primacía del Parlamento es evidente en los miembros de la Cámara. Sin duda los diputados consideran la Presidencia de la República, el Senado, como instituciones útiles y responsables, pero piensan que, en fin de cuentas, nada debe resistir a la Cámara de Diputados elegida, y esto es también el pensamiento profundo de los electores. Luis XIV decía: «El Estado soy yó», nuestros diputados franceses no lo dicen, pero lo piensan.

Nosotros podemos en estas condiciones, determinar el alcance del poder parlamentario y sus límites. Los elegidos siempre dominan por el control parlamentario (voto del presupuesto, interpelación); o bien, inspirando con sus recomendaciones, los nombramientos de los funcionarios; o bien tomando la dirección de las administraciones mediante la intervención de los ministros-diputados; en fin, derribando los ministerios, la inestabilidad ministerial es el vicio tan conocido del sistema.

Podría creerse demasiado, sin embargo, que el Parlamento es todopoderoso. La administración se recobra por el hecho de durar y ser sólo ella capaz de continuidad; se recobra también porque sólo ella es capaz de un trabajo verdaderamente técnico. En Francia, la organización social, el mecanismo

administrativo han quedado prácticamente fuera de la lucha política y por el hecho de esta estabilidad administrativa, la inestabilidad ministerial ha perdido mucho de su gravedad. Los ministros cambian, pero los directores de ministerios quedan. En fin; no solamente es la administración la que resiste a los diputados, sino la sociedad misma. La vida económica y particularmente la industria, tienen su actividad propia, evolucionan al margen de la política. Y por esto la familia francesa está cargada de una multitud de funciones sociales que el extranjero no vé: educación, control moral, asistencia social. En estas condiciones el francés conserva su vida interior, no por encima, sino de cierto modo, por debajo de las tormentas políticas. Esa vida interior, esa vida de la familia, esa vida del grupo social es en efecto el reducto del individualismo colectivo de los franceses.

I I I

Se observará que el centro de gravedad del Gobierno en las diversas democracias no se pone en el mismo lugar. En Inglaterra, es el primer ministro, siempre responsable ante las Cámaras y ante la opinión pública, el factor principal del Gobierno. En Estados Unidos, y de modo general en las democracias americanas, es el Presidente elegido por el pueblo. En Rusia son comités de personas que dominan el Estado y mantienen en virtud de un arbitraje todo poderoso la ortodoxia del régimen. En Francia, en fin, recordémoslo, son los diputados elegidos los que controlan e inspiran el poder.

Cada país ha expresado así su genio en su gobierno y ha manifestado en las instituciones la concepción misma que él se ha hecho del poder.

¿Cuál es, para concluir, el espíritu del régimen francés?

Nosotros preferimos, en suma, la libertad y el control, no solamente a la autoridad gubernamental, sino también a las realizaciones prácticas. Estamos prontos, de este modo, a consentir en muchos sacrificios y a renunciar en muchos casos a los beneficios de eso que los americanos llaman el rendimiento.

Así, si no podemos tolerar un régimen que comporta cierta inestabilidad de superficie, cierto desorden aparente, cierta falta de continuidad, es porque la vida social existe entre nosotros fuera de la política.

Podemos en estas condiciones darnos el lujo de un régimen de discusiones, porque gozamos de un substratum de civilización y de tradición extremadamente poderosa. No se me ocurriría un solo instante, sin embargo, decir que este régimen es el mejor, ni, sobre todo, que es aplicable a todos los países. Diría solamente que ha dado a los franceses un medio siglo de paz política, y esto es su verdadera justificación.

CUARTA CONFERENCIA

LA CIVILIZACION EUROPEA (Y SOBRE TODO FRANCESA) EN PRESENCIA DE LA CIVILIZACION NORTEAMERICANA

Desde hace treinta años, dos hechos nuevos, enormes se han producido en la historia del mundo: los Estados Unidos han creado un nuevo método de producción que entraña una nueva concepción de la vida, y de este hecho una América poderosa se ha opuesto a Europa. Por su parte, Europa ha adquirido la conciencia de su unidad; ella se pregunta hoy día, hasta qué punto, para vivir, debe americanizarse. Este es el más grande problema de la época presente.

Lo que llama la atención en este problema, es su relativa novedad. Mientras los Estados Unidos han estado en la etapa de la colonización, han permanecido una colonia espiritual de Europa: la base de su cultura era inglesa; desde este punto de vista no estaban muy lejos de nosotros; Lincoln, Emerson, Thoreau, formados por maestros análogos a los nuestros, no han parecido nunca extranjeros. Un cambio total se ha producido desde que la producción de masa ha dominado los Estados Unidos; una nueva concepción de la producción y de la sociedad ha aparecido, trayendo consigo un renovamiento importante y espontáneo de todos los antiguos puntos de vista. Entonces la Europa no ha sido ya la inspiradora; los Estados Unidos moralmente se han alejado de nosotros en el momento en que las relaciones materiales se hacían infinitamente más estrechas que en el pasado. Hoy día los hombres como Ford, Sloane, Hoover, se me aparecen moralmente como extranjeros, a quienes a menudo me cuesta mucho comprender sus

puntos de vista. He aquí precisamente la oposición de dos civilizaciones.

El tema que yo debo tratar consiste en comparar las dos civilizaciones de Europa y de América del Norte, no solamente desde el punto de vista de la producción, sino del punto de vista de los valores humanos. El tema interesa no solamente a Europa, sino al mundo; aún interesa individualmente a cada uno de nosotros, pues, tomando en cuenta lo que una u otra civilización debe aportar definitivamente al mundo, es la vida exterior de cada uno lo que va a transformarse. En consecuencia, ningún tema es más patético que éste.

I

El sistema americano de la producción tal como lo conocemos hoy día ha evolucionado y se ha desarrollado a raíz de circunstancias que son particulares a los Estados Unidos. Hay en la América del Norte una abundancia enorme de recursos naturales que se pueden explotar sin cuento; por el contrario, por lo menos hasta una época muy reciente (dos o tres años) ha habido allí una disminución sensible y crónica de la mano de obra, arrastrando como un estado de hecho un nivel de salarios extraordinariamente elevados. La consecuencia de esta doble circunstancia, es que en los Estados Unidos se puede impunemente amasar los productos (es el país del despilfarro); pero es preciso abonar el esfuerzo de los hombres. De aquí la posición del problema que domina todo el sistema americano: obtener un precio de venta suficientemente bajo a despecho de los salarios más elevados del mundo. La solución americana ha sido obtenida por un método al que los europeos han dado el nombre de racionalización y que comporta varios principios: el maquinismo que disminuye el número de obreros; la taylorización que los utiliza al máximo; la standarización que permite la producción de serie y de masa; la concentración financiera que asegura en la industria la unidad de dirección y permite la organización científica del trabajo. Llamamos a este método racionalización y yo he hablado a propósito de estos cuatro aspectos de la racionalización de principios americanos; en realidad se trata de un desenvolvimiento natural y en cierto modo instintivo de un método que determinan las circunstan-

cias naturales del continente norteamericano. Agregemos que todo este sistema de la racionalización no funciona en forma satisfactoria sino bajo el signo de la velocidad: es necesario que la máquina dé vueltas rápidas y plenamente; es necesario que el cliente use con rapidez y vuelva a comprar enseguida. Desde el momento que las máquinas funcionan despacio, el éxito disminuye; si la máquina se detiene, el equilibrio ya no puede mantenerse lo mismo que en una bicicleta detenida.

Los factores esenciales del éxito americano residen, si no me equivoco, en tres aspectos sobre los cuales es importante llamar la atención. Hay ante todo la masa: puesto que los americanos poseen un inmenso mercado interior protegido, de 120 millones de habitantes, les es más fácil que a otros emprender la producción en grande, según las medidas en que la serie produce todo su efecto; esto es probablemente el factor esencial de todo el sistema. Es por la masa, más aún que por la técnica, que un Ford produce sus automóviles comercialmente mejores que el europeo. Existe todavía el espíritu de progreso de los americanos, del que acabamos de hacer mención. No se encuentra en Estados Unidos ninguna resistencia al progreso, ni entre el productor que no guarda ninguna rutina, ni entre el consumidor que observa una docilidad sorprendente con respecto a los consejos de la publicidad. Es preciso todavía agregar ese fenómeno singular que se ha mantenido infalible durante más de un siglo: el flujo o marea creciente. Los Estados Unidos han vivido en un estado de desenvolvimiento constante y regular que ha hecho que cada día la población americana sea más numerosa que la víspera, más rica que la víspera, propia para justificar, en consecuencia, una producción más grande que la víspera. Los americanos se han habituado a vivir en este estado de crecimiento que ellos consideran normal y todo el equilibrio del sistema depende de la continuidad regular del ritmo de este crecimiento.

No ignoramos, naturalmente, las críticas que importa un sistema parecido. Para producir barato, es preciso producir mucho, es preciso producir demasiado y entonces ya no se puede vender; la consecuencia que hemos visto se ha manifestado en estos últimos años: es la sobreproducción y el chomage; hay entonces saturación del consumo que ya no puede absorber una producción que ha llegado a ser pletórica. He aquí porqué el flujo era necesario: desde que se detiene o aún disminuye, se produce el desequilibrio y la crisis.

Otra consecuencia del sistema, a pesar de los progresos técnicos maravillosos de los últimos años, es una tendencia a la producción cara. El maquinismo, la standarización, la taylorización tienden a la baja del precio de reventa, pero el alto salario, la superestructura demasiado pesada del sistema, la cantidad excesiva de capitales empleados en equipar estas industrias gigantes, terminan por ir a parar en un entorpecimiento de todo el sistema. Este es el momento en que el pequeño patrón, o la pequeña producción con su simplicidad, su flexibilidad, su iniciativa, su capacidad de cambio perpetuo para adaptarse a las necesidades del consumo, vuelve a tomar una ventaja que la producción de masa no puede poseer. Los dos o tres últimos años nos han mostrado todo el peligro del sistema americano y la crisis actual nos revela todos sus defectos. Después de haber pasado por el período de admiración excesiva en el cual se encontraba bien todo lo que venía de los Estados Unidos, hemos entrado en un período contrario en el que se ha llegado a poner en duda y a impugnar hasta por adelantado los más serios y evidentes de los métodos de Estados Unidos. Interesa hacer aquí un discernimiento: demasiado difícil de realizar, yo creo, pero que nos será absolutamente necesario para operar en nuestros juicios de aquí a algunos años. Debemos defendernos igualmente de la admiración ciega, como de la crítica parcial, injusta y apasionante.

Si después de haber encarado a los Estados Unidos, pasamos a las condiciones de producción de Europa, un primer hecho se nos impone inmediatamente: que ésta en cierto modo está construída sobre un patrón diferente. Geográficamente toda ella es articulación en lugar de macisez; políticamente significa una complejidad extrema de nacionalidades y de lenguas, en lugar de la extraordinaria unidad continental americana. Psicológicamente, toda ella es individual en lugar de conformidad.

En consecuencia, se adivina fácilmente que las condiciones maravillosas de la producción de masa que existen en Estados Unidos, no pueden existir en Europa; el poder de masa falta aquí o está considerablemente reducido; hay demasiados mercados distintos, separados por líneas de aduana; demasiadas civilizaciones diferentes que sólo se distinguen las unas de las otras por necesidades diversas y contrarias a las necesidades de la standarización. Un solo país de Europa escapa a estas condiciones por sus inmensos territorios y su relativa unidad

geográfica: es la Rusia, que por otra parte quizás no es completamente europea. De aquí resulta que todos los esfuerzos para establecer en Europa una producción de masa no han podido nunca encontrar el éxito que tan fácilmente habían logrado en Estados Unidos. Europa sigue siendo un país de producción diversa y dividida.

Otra diferencia, es que en Europa la producción está dominada por la política, en tanto que en Estados Unidos, al menos hasta aquí, la política ha estado siempre dominada por la producción; esto es, yo creo, el resultado de la densidad excesiva de la población europea en contraste con la débil densidad de la población norteamericana. En Estados Unidos, los territorios son abundantes y en verdad no hay razón para disputárseles. En Europa los territorios son limitados para una población excesiva. Es natural que haya una más grande rivalidad de parte de diferentes pueblos europeos para disputarse territorios que ya no existen en abundancia para todo el mundo. Igual cosa sucede con la riqueza en Estados Unidos; la riqueza, al menos potencial, es inmensa, y las fuentes naturales todavía no explotadas son numerosas; en Europa el margen entre las riquezas que pueden desenvolverse y aquellas que ya han sido puestas en explotación es relativamente estrecho. De ahí resulta que, en Estados Unidos, «al menos hasta aquí, porque la cosa puede cambiar», se preocupan más de producir las riquezas que de repartirlas; es más fácil para un individuo tratar de triunfar en el marco existente que intentar modificar por una evolución el marco que lo rodea; no pasa lo mismo en Europa donde los pueblos están inclinados más a repartir que a producir, y mejorar su situación, por la revolución o por la guerra más bien que por la producción. El sistema americano ha conducido a una producción pacífica; el sistema europeo ha conducido a querellas políticas y sociales que probablemente no han terminado aún, pues ellas están en el espíritu mismo del viejo continente.

En fin, la Europa se distingue de los Estados Unidos en esto: que el pasado domina el presente. Como decía un filósofo: «la humanidad contiene más muertos que vivos»; el espíritu de la familia, de la cultura, de la tradición, marcan las concepciones y los pensamientos con una fuerza que no se encuentran jamás al otro lado del Atlántico.

Esta diversidad de la Europa, como podemos darnos cuenta, es un handicap para la producción; pero al mismo tiempo

es más ventaja para la civilización; porque si la producción usufructúa de la uniformidad, la civilización usufructúa de la personalidad y de la diversidad. Vemos aparecer en el curso de este estudio esta idea que va a dominar el resto de nuestro razonamiento: «producción» no es necesariamente sinónimo de «civilización».

Debemos preguntarnos ésto: si Europa puede luchar con los Estados Unidos, Un breve análisis se impone en este punto de nuestro estudio.

¿Cuándo triunfa América? Cuando puede sustituir la máquina al obrero y el autómatas al individuo. Cada vez que no puede hacer esto, América cae vencida. El alto salario le aplasta; y esto es tan cierto que ella no ensaya nunca producción en pequeñas cantidades; no se lanza sino en los grandes números. La sobremedida le está prohibida.

¿Cuándo Europa y sobre todo cuándo triunfa Francia? Cuando la máquina no es necesariamente aplicable y cuando hay que recurrir al brazo del hombre. Europa se beneficia entonces de una mano de obra abundante y menos cara que, como valor individual, en nada es inferior a la mano de obra americana. Ella posee una ventaja relativa análoga cuando la producción entraña unidades tales como la broca y el alto horno, que hacen que el factor masa no actúe sin límites. En la industria del algodón, por ejemplo, en la de la gran metalurgia, Europa puede realizar precios que luchen con aquellos de Estados Unidos; en fin, Europa y sobre todo Francia triunfa en las industrias llamadas de calidad; es decir, en las que la materia prima cuenta poco en el precio del producto terminado; cuando la parte del individuo es esencial en la creación; cuando es necesario fabricar muchos modelos en lugar de reducir su número; cuando se trata de cualidades inferiores y caras o sobre todo cuando se fabrica sobremedida. En todos estos casos, sobre todo en el último (en las industrias de calidad) el maquinismo y la masa ya no son el factor esencial; queda un lugar importante; una probabilidad decisiva para el individuo, para la creación, para la renovación constante de producción por la imaginación creadora. Queda al mismo tiempo una ventaja que no sabríamos ignorar por la frugalidad que se expresa por un salario más bajo y que permite una producción comercialmente mejor que en los países de vida material y potencial, que ha llegado a ser los Estados Unidos.

Dos problemas extremos se presentan aquí: ¿la América puede triunfar en la calidad? Responderemos que tiende a la buena calidad, lo que no es lo mismo que calidad a secas; pues ella queda limitada por arriba por ese nivel de artículos que todo el mundo podrá comprar; pues si se pone a producir artículos de calidad aristocrática, la masa no podría ya consumirlos y el factor masa necesario al éxito americano ya no entrará en juego. En estas condiciones es difícil al americano, al menos en las circunstancias actuales, salir del marco de la cantidad que responde verdaderamente a su genio.

La otra cuestión es saber si Europa puede triunfar en la cantidad. Con igual maquinismo ella puede, pues entonces el salario módico de los obreros constituye una ventaja. En estas condiciones, si Europa puede realizar artificialmente un mercado de masa, sea por uniones aduaneras, sea por combinaciones, *cartels*, no hay razón para que ella no llegue a su vez a producir según las concepciones de la masa. Si aún la unión del maquinismo, de la rueda y del bajo salario, se manifiesta como en ciertas industrias de la Checo Slovaquia y especialmente la industria del calzado, Europa realiza ventajas que los Estados Unidos no pueden esperar.

Se vé en toda esta discusión que al lado de la técnica, esto que nosotros hemos llamado frugalidad, es un factor no desprovisto de importancia. El hecho de que América exija un nivel de vida pesado de sobrellevar, del cual Europa, al menos hasta aquí, ha sido privada, el hecho de que acepte más o menos ese nivel reducido, coloca a los dos continentes en circunstancias muy diferentes en las que la ventaja en la lucha (independientemente de toda consideración social) pertenece en ciertos casos a Europa. Cuando Sir Charles Dilke recorrió el mundo hacia 1870, expresó la idea de que el hombre cuya alimentación cuesta 6 peniques es generalmente vencido en la competencia económica por el hombre cuya alimentación cuesta 6 chelines. No es seguro que esta afirmación se vea justificada en el porvenir y de aquí que la América del Norte pueda ser aplastada por su propia prosperidad.

Así debe operarse normalmente una repartición entre la producción de Europa y la de América. América deberá proseguir la producción en serie exigiendo una organización costosa y superior de la imaginación en la utilización de la máquina. A Europa pertenece la producción de calidad, la producción aún no completamente mecanizada, la serie y la máquina fun-

cionando con un salario menor. A este respecto, guardando toda proporción, las relaciones de Europa con América se asemejan a las relaciones que el Asia puede tener con Europa.

Finalmente subrayaremos lo siguiente: que la joven América comporta la imaginación en el empleo de la mecánica, pero, que el espíritu de creación continúa hasta nueva orden una cualidad estrictamente europea.

I I

Generalmente los hombres están inclinados a tomar el medio por el fin. Se recuerda las palabras de Cristo: «El salario ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el salario». Es preciso recordar constantemente, en el período en que vivimos, que la máquina ha sido hecha para el hombre y no el hombre para la máquina.

En efecto, en este magnífico sistema de la producción americana, ¿qué le ocurre al hombre? ¿Cómo la máquina o la standarización ejerce su acción sobre su nivel de vida y sobre su felicidad? ¿Cómo la máquina ejerce su acción sobre el individuo? ¿Cómo la standarización de toda la vida ejerce su acción sobre la civilización y sobre la cultura?

Querriamos, en la segunda parte de esta conferencia, estudiar este problema, no como una crítica a los Estados Unidos, sino más bien, como la discusión de un sistema que no es, propiamente hablando, americano, sino del cual los americanos se han hecho desde hace 10 o 20 años los apóstoles más convencidos.

En lo que concierne al nivel de vida, la principal contribución americana a la civilización del mundo, es la dignidad y el confort aportados a la vida material del individuo. El progreso del nivel de vida de los americanos consiste sobre todo en la realización de un equipo material maravilloso. América es el país del mundo donde las casas son más confortables, donde los automóviles son más numerosos, donde los teléfonos están más difundidos.

¿Esta situación hace a la gente más feliz? Sí, si la felicidad consiste en tener muchos objetos; pero no hay que olvidar que en un país de salarios tan elevados como los Estados Unidos, el servicio de otro hombre es prohibitivo, y este aspecto destruye probablemente el anterior. Los objetos son baratos,

los servicios son caros. Resulta de esto en la organización de la vida material, una búsqueda desatinada del producto, sobre todo de la máquina-útil que permita reemplazar el servicio de otro hombre. De esta manera, por las mismas razones que la fábrica ha sido mecanizada, la vida privada está en tren de serlo igualmente. Para vivir en Estados Unidos es preciso mecanizar a los hombres y de este modo la vida toma un carácter de standarización, de regularidad, de uniformidad que Europa no conoce. Con sus salarios menores, con su vida menos cara Europa permite a la clase media vivir una vida probablemente más agradable. Es sólo en Europa donde el individuo modesto puede todavía continuar afirmando su individualidad y vivir su propia vida, en una forma que en lo sucesivo el americano no puede ya conocer. Por ejemplo, el francés, con su tierra, con su jardín, con su casa, realiza un carácter de individualidad en la vida privada, que las condiciones del nuevo mundo no permiten casi. Sin duda es la búsqueda de esta individualidad, en condiciones de precio más favorables, lo que atrae al viejo continente a tantos habitantes del nuevo.

La reacción de la maquina sobre el hombre no es menos sorprendente en el trabajo industrial. Desde hace veinte años, la técnica industrial ha tomado un carácter enteramente nuevo en los Estados Unidos. Las operaciones técnicas están allí cada vez más especializadas, pero el trabajador mismo tiende a perder su especilización; el artesano, con creciente frecuencia, es reemplazado por el operador que vigila el trabajo de una máquina automática. Desde entonces la eficacia de la producción tiende más todavía a la organización patronal que a la inteligencia o a la iniciativa del trabajador. Un cambio total se ha operado a raíz de este hecho en la estructura de la fábrica; antes ésta comportaba el patrón y su estado mayor, los más calificados y los peones. Hoy día la fábrica significa un estado mayor ultra competente y técnico, una masa enorme de obreros semi-calificados y casi más peones. Esté semi-calificado, tipo de obrero de hoy día, es un hombre sin competencia especial que aprende en algunas horas o en algunos días el manejo de una máquina y que no está llamado a demostrar ninguna especialidad ni ningún arte particular. En relación al artesano de otra época, cuyo aprendizaje duraba a veces varios años, él representa ciertamente un tipo de individuo disminuido, aunque su productibilidad sea probablemente más considerable que la de su antecesor. El francés,

por una reacción espontánea de su genio, echa de menos la noción del artesano y se pregunta si esta nueva forma de trabajo, en que la máquina hace la obra del hombre y en que la individualidad en la producción no existe sino en un pequeño número de ingenieros y de técnicos en la marca de las fábricas, comporta un progreso para el desenvolvimiento ulterior de la individualidad humana.

En fin, el sistema de la producción de masa tiende, es preciso darse cuenta bien, a la standarización de toda la vida entera. La standarización es un fenómeno colectivo en el sentido que nada puede standarizarse solo. Para que la producción de serie tenga éxito, es decir, para que los productos de la industria standarizada se vendan, toda la vida entera debe ser standarizada.

La normalización hecha célebre por el programa de simplificación de los modelos, preconizada por Mr. Hoover, expresa ese carácter profundamente colectivo de la standarización, y, si no nos equivocamos, la lógica del sistema es inexorable.

Se ven notablemente sus efectos sobre toda la actividad social entera. La ley de los grandes números domina y penetra todo. Sólo se paga, sólo interesa aquello que puede ser fabricado, producido, vendido en masa. La aplicación lógica de este principio está en vías de extenderse a la enseñanza con Universidades de veinte mil alumnos en las que las relaciones directas no pueden existir entre profesores y discípulos; donde la enseñanza por radio reemplaza a veces a la enseñanza directa. Igual cosa sucede con el cinema, la edición, el periodismo; podría hacerse lo mismo con las iglesias. La individualidad en este sistema de producción de masa aplicado a todo, no puede ser impulsada porque sería contraria al sistema.

El efecto sobre el individuo no es menos notable que el efecto sobre la actividad social. El individuo quiere vivir su propia vida fuera del marco, está en primer lugar fuera de precio, y ésto, prácticamente es imposible; la sobremedida, como lo hemos dicho, es prohibitiva; al individuo le sería necesaria una extraordinaria energía para resistir la influencia standarizada que lo rodea; por el contrario si acepta el marco todo se le presenta fácil, todo se hace para él, se le quita todo esfuerzo, está dentro de un ritmo donde él no comanda ni la rapidez ni las condiciones; su concepto es una parte de esta standarización que amenaza nada menos que la integridad de su yo.

III

No debemos engañarnos en este punto, ya que es sobre el plan americano, que el mundo está en vías de rehacerse materialmente. Esta refacción de la civilización material del mundo, importa un equipamiento perfeccionado, mucho confort, una más grande dignidad del trabajo material, pero en suma se trata de una civilización de la producción, en la cual el hombre pensante es una preocupación menor que aquella del hombre productor o consumidor.

He aquí por qué la Europa, y sobre todo la Francia, resisten estas nuevas concepciones. Europa, Francia, sienten demasiado bien que si el mundo se orienta hacia la cantidad es para ellas una condena a muerte, porque su atmósfera no las predispone a la cantidad sino a la calidad. Europa, Francia sobre todo, concibe, quiere concebir la civilización como distinta de la producción. Para ella la civilización no es el hecho de producir ventajosamente, es cierta concepción de la vida basada sobre el hombre y su cultura, sacrificando a la necesidad la ambición material de la humanidad. Tal es, frente a frente a las condiciones de la nueva producción, la actitud de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de España, de Italia, con excepción de Rusia, que actualmente pretende entrar en la escuela de la gran producción industrial standarizada. No se trata por parte de Europa de una actitud rutinaria o de conservantismo estúpido, sino simplemente de una reacción instintiva de defensa del individuo que quiere sobrevivir.

La humanidad tendrá, pues, en los años venideros, una elección que hacer. Esta elección se impondrá no solamente en el viejo continente, sino también en los otros continentes, particularmente en la América del Sur, geográficamente americanos, naturalmente apegados aún a la tradición latina de la vieja Europa.

Es complejo el problema, pero puede expresarse así: si la humanidad quiere ocuparse de organizar su confort, de producir, su respuesta necesariamente ha de ser: Ford o Hoover. Si la humanidad quiere nuevamente preocuparse del individuo, del espíritu, de la cultura, no es con un vocabulario de máquina o de equipos industriales como se levantará la humanización y la pasión del mundo; será necesario volver a los lla-

mados de los hombres cuya filosofía electriza a las almas: Pascal, Voltaire, Rousseau. Entonces será hacia Europa y Francia hacia donde se volverán los ojos una vez más.

En toda esta discusión y aunque no aceptemos completamente lo que en ella se afirma, nos es preciso manifestar nuestro respeto por las concepciones americanas que consideramos y debemos considerar como grandes contribuciones a la civilización humana, pero estamos seguros de estar en la verdad al decir que la vieja Europa, sobre todo la Francia eterna, tienen siempre algo que dar a la humanidad.